

LAS MURALLAS DE SAN SEBASTIAN

Por IGNACIO AROCENA

Derribo y nostalgia

En abril de 1868 se ordenó el derribo de las murallas de San Sebastián.

A primera vista, podría parecer que esta orden de derribo fue algo así como un triunfo del espíritu progresivo.

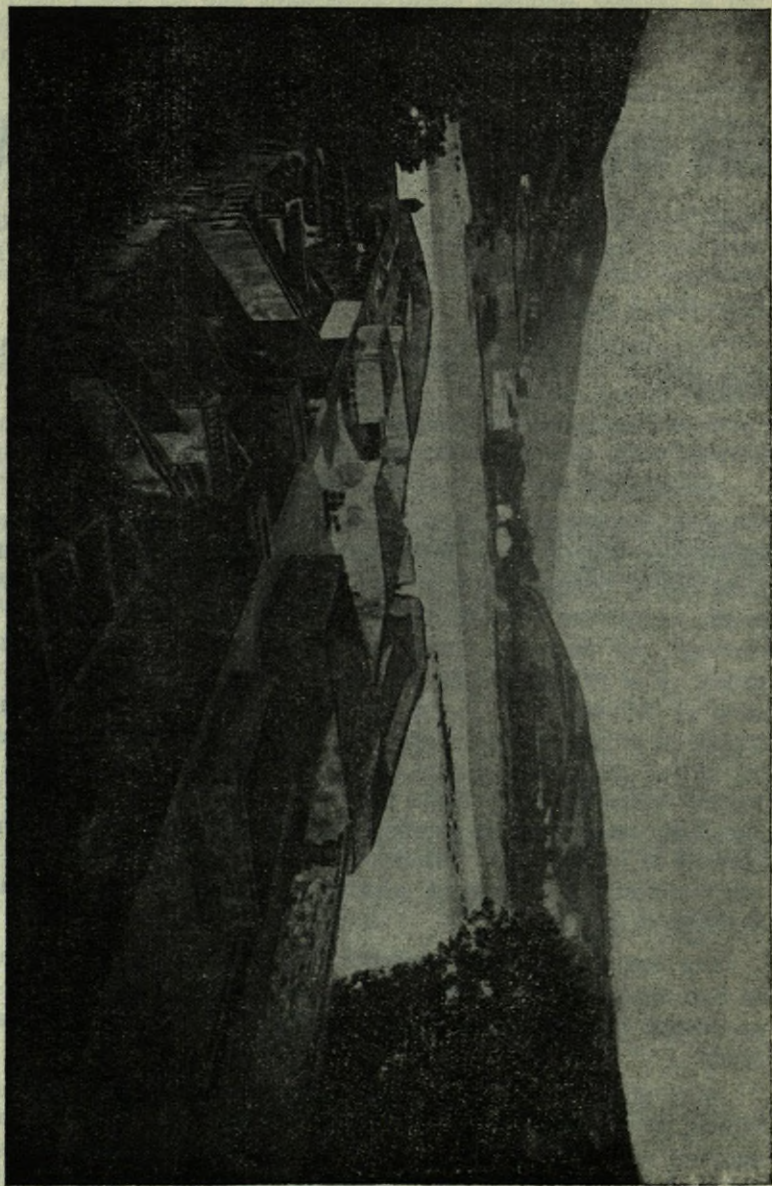
Lo cosa, sin embargo, hay que mirarla más despacio.

Si los constructores de las murallas de Avila hubieran tropezado en su trabajo con un obstáculo tan venerable como llegarían a serlo con el tiempo esas mismas murallas que ellos estaban levantando, no habrían vacilado seguramente en destruirlo. Nosotros, sin embargo, por nada del mundo nos atreveríamos a tocar esas murallas: ni el urbanista más libre de prejuicios osaría proponer en serio su demolición. Y es que tenemos un sentido mucho más nostálgico de la historia que el que tenían los hombres de aquel tiempo. No sé por qué: acaso porque nos ha tocado en suerte vivir en un mundo helenísticoide, y como tal naturalmente inclinado a la arqueofilia; acaso también porque queremos evadirnos de alguna manera de la apabullante realidad contemporánea, trastornada por una tecnificación vertiginosa e incontrolable. Sea por lo que fuere, lo cierto es que así es.

Por eso, me atrevo a sospechar que el derribo de las murallas de San Sebastián fue también —al mismo tiempo, si se quiere, que un triunfo del progreso— un pecado contra el espíritu de nuestra época.

Y ya que otra cosa no nos queda, vamos por lo menos a tratar de evocar, en una visión erudita y apresurada, la azarosa existencia de aquellas venerables murallas, que, después de haber sido forzadas por los franceses en 1719 para entregarse a ellos en 1794, fueron vuel-

Casas adosadas a la muralla.



tas a forzar en 1813 por los enemigos de los franceses y acabaron por fin su vida, cincuenta años después, por obra de la piqueta y sin que la ciudad pusiera demasiado empeño en recordar los siglos y siglos de difícil integridad de que había disfrutado a sus espaldas.

De Sancho el Fuerte a Alfonso VIII

El primer rey del que se sabe que se ocupó de fortificar a San Sebastián es Sancho el Fuerte de Navarra. Sancho el Fuerte fortificó a San Sebastián, como también a Fuenterrabía, porque recibía de la proximidad de la Guiena, que estaba entonces en manos de los Plantagenet de Inglaterra (1).

Es posible que la obra realizada en San Sebastián por Sancho el Fuerte se redujera a la construcción de un castillo que coronaría la altura del monte Urgull (2), y de unas cercas, tal vez, que rodearían al caserío de la villa. Esto sin contar con la posibilidad de que ya en un tiempo anterior se hubieran hecho en ésta algunas obras de fortificación.

Sancho el Fuerte había iniciado su reinado en 1194. Seis años después, Alfonso VIII invadió la tierra vasca y se apoderó de Alava y de Guipúzcoa. No hubo más resistencia seria que la de Vitoria. Todos los demás castillos y lugares los ganó el rey castellano sin ninguna dificultad (3).

Alfonso VIII estaba casado con Leonor, hija de Enrique II de Inglaterra. La dote que había allegado Leonor al matrimonio había sido el ducado de Gascuña. Alfonso se vio envuelto en las guerras que en la Guiena reñían ingleses y franceses (4), y tuvo que fortificar las plazas fuertes de Guipúzcoa para que no fueran ganadas

(1) ESTEBAN DE GARIBAY Y CAMALLOA.—*Compendio Historial de las crónicas y universal historia de todos los Reynos d'España...* Impreso en Anvers... 1571. T. 3, pág. 193.

(2) Artículo SAN SEBASTIAN in *Diccionario Histórico-Geográfico-Descriptivo... de Guipúzcoa*. Por D. PABLO GOROSABEL... Tolosa, 1862, página 445.

Noticia de las cosas memorables de Guipúzcoa... Por D. Pablo de GOROSABEL, Tolosa, 1900 T. V, pág. 45.

(3) RODERICI XIMENII DE RADA... *Opera praeicipua... De rebus Hispaniae*, Lib. VII, cap. XXXIII, Madrid, 1793, pág. 172. (Ejemplar de la Biblioteca de la Universidad de Oñate.)

Crónica General de España. Por FRAY GARCIA DE EUGUI... Chile. Página 257.

(4) JULIO GONZALEZ.—*El Reino de Castilla en la época de Alfonso VIII...* T. III, pág. 854 y ss.

por el enemigo en un golpe de mano (5). Por lo que hace a San Sebastián, se sabe que el rey entró en ella por lo menos cuatro veces —en 1201, 1204, 1205 y 1209— (6), y a su tiempo se atribuye el comienzo de las obras de circunvalación del monte Urgull y de su castillo (7).

A los reyes de Castilla les interesaba, naturalmente, que esta villa fronteriza estuviese bien defendida. De Fernando IV a Juan II es corriente que se confirme la cesión a aquélla de una cantidad anual de 3.000 maravedises de 10 dineros. Esta suma procedía del diezmo viejo y había de emplearse en el mantenimiento del buen estado de los muros y el guardamar (8).

Las murallas viejas

Podemos imaginar, con un poco de audacia, el aspecto que tendría San Sebastián en los siglos bajomedievales.

La población, rodeada de murallas, se apretaría al pie del monte Urgull y del castillo que lo coronaba. Como una parte considerable del vecindario se dedicaba al comercio y se necesitaban, por tanto, lonjas y almacenes, se eliminarían todos los espacios que no tuvieran una utilidad directa, tales como los dedicados a patios, jardines, corrales y plazuelas. Por la misma razón, las calles serían estrechas y las casas altas (9).

La muralla vieja arrancaba de la iglesia de Santa Ana, que ocupaba parte del espacio en el que ahora se levanta el convento de Santa Teresa, acabado en 1686 (10). Desde allí, por la calle del Campanario, iba a lo alto de la calle del Puyuelo, donde había un to-

(5) Gorosabel, Diccionario, pág. 445.

Historia Civil-Diplomática-Eclesiástica antigua y moderna de la ciudad de San Sebastián. Por D. JOAQUIN ANTONIO DE CAMINO Y ORELLA, San Sebastián, 1892, pág. 270.

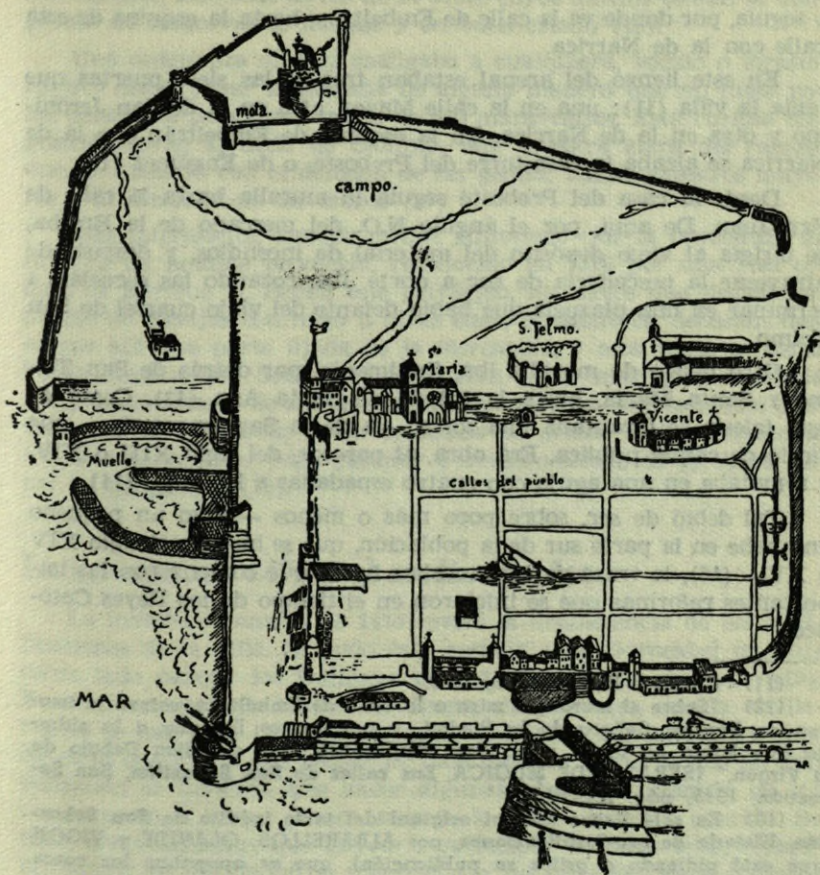
(6) Gorosabel, Diccionario, pág. 445.

(7) Gorosabel, Noticia, V, págs. 45 y 46.

(8) Camino, Historia, pág. 445. Gorosabel, Noticia, pág. 48.

(9) O'FARRIL, MORLA Y SAMPER.—**Informe emitido en 1796... acerca de las condiciones de defensa en que se encontraba la frontera de Francia por la parte de Guipúzcoa y de Navarra in Euskalerriaren alde**, Revista de cultura vasca, San Sebastián, T. I, pág. 372.

(10) "Aún queda —dice el Diccionario de Madoz en 1849— un pequeño vestigio suyo en el muro que separa las huertas del conv. de Santa Teresa, del callejón que conduce al camino del cast." (MADOZ, **Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de España...** Madrid, 1849, T. XIV, pág. 13).



- PLANO de S. SEBASTIAN -

. AÑO 1552

Archivo de Simancas.

reón, y se dirigía luego a la actual plazuela de Lasala, en cuyo extremo S.O. había otro torreón, situado en el ángulo en que convergían los frentes del puerto y del arenal. Desde este torreón, la muralla pasaba sobre el solar del teatro principal, o muy cerca de él, y seguía, por donde va la calle de Embeltrán, hasta la esquina de esta calle con la de Narrica.

En este lienzo del arenal estaban tres de las siete puertas que tenía la villa (11): una en la calle Mayor, otra en la de San Jerónimo y otra en la de Narrica. En la esquina de Embeltrán con la de Narrica se alzaba la casa-torre del Preboste, o de Engómez (12).

Desde la casa del Preboste seguía la muralla hasta la calle de San Juan. De aquí, por el ángulo N.O. del mercado de la Brecha, se dirigía al viejo depósito del material de incendios, y después de atravesar la pescadería de sur a norte, iba, rozando las escuelas, a terminar en una plazuela que había delante del viejo cuartel de San Telmo.

Otro lienzo de muralla iba, finalmente, por detrás de San Telmo y Santa María, hasta la Iglesia de Santa Ana (13). Cerca de esta iglesia se levantaba una torre —la de la Sagramertería—, que sirvió de cárcel pública. Era obra, al parecer, del siglo XIII o XIV, y remataba en una aguja con cuatro espadañas a los lados (14).

Tal debió de ser, sobre poco más o menos —salvo un pequeño ensanche en la parte sur de la población, que se hizo en el siglo XIV o XV— (15), la traza de las murallas hasta que comenzaron las importantes reformas que se iniciaron en el tiempo de los Reyes Católicos.

(11) Camino, Historia, pág. 270.

(12) "Sobre el muro que mira a la calle de Embeltrán, estuvo la imagen de Nuestra Señora de la Piedad, y por eso se llamaba a la sidrería que había en dicho patio *Ama Birjiña-bea*, que significa Debajo de la Virgen." (SERAPIO DE MUGICA, *Las calles de San Sebastián*, San Sebastián, 1915, pág. XXXIII.)

(13) En este lienzo dice el original del texto inédito de **San Sebastián. Historia de sus fortificaciones**, por ALBARELLOS, OLAVIDE y VIGON (que está pidiendo a gritos su publicación), que se apoyaban las casas de la calle de Santa Corda, luego 31 de Agosto; pero Serapio Múgica no cree que la calle de la Corda fuera la del 31 de Agosto, sino un callejón situado en donde luego se construyó el edificio de San Telmo. (Múgica, *Las calles*, pág. 132.)

(14) Camino, Historia, pág. 270.

(15) "Años andando, el siglo XIV o XV, se debió efectuar un pequeño ensanche en la parte Sur de la población, dirigiendo la muralla, desde la esquina de la calle de Narrica y Embeltrán a la actual plaza de la Alameda, casas números 2 y 3, siguiendo después la curva de la primitiva calle del Campanario." (Múgica, *Las Calles*, pág. XXXIV.)

Los muros eran de mampostería y no tenían más que dos metros de espesor. Los torreones —con cubos cuadrados o redondos— alcanzaban la altura de siete u ocho metros. En los muros apoyaban sus espaldas las casas-torres de la villa, cuyos dueños tenían la obligación de conservarlos limpios y en buen estado (16).

Una ordenanza de 1415 castigaba a cualquiera, vecino o forastero, que osara pasar la muralla de alguna manera que no fuese por las puertas, a pagar una multa de 500 maravedises. Esta curiosa disposición sería, al decir de Camino, una muestra clara del respeto que, de acuerdo con el derecho de las gentes, tenían nuestros mayores a la santidad de los muros (17).

Más interesante, aunque menos pintoresco que la ordenanza de 1415, es un notable privilegio, reconocido en 1376 por una real cédula de Enrique II. Según este privilegio, las naves que llegasen al puerto de Pasajes con trigo u otras cosas comestibles, deberían descargar allí una parte fijada de la mercancía, y esta parte se debía llevar luego a San Sebastián, por tierra o por mar, para venderla allí y aprovecharse de ella de manera que la villa *estuviese bien proveída así de compañías como bastecida de armas e de todas cosas que le son menester para guardar e amparamiento de la dicha tierra de Guipúzcoa* (18).

La invasión de 1476 y el asedio de 1512

La invasión francesa de 1476 reveló la insuficiencia de las fortificaciones de la villa. Si pudo ésta resistir, dice Gorosabel que fue sobre todo porque los franceses no traían artillería de batir (19). En el *Diccionario* de Madoz se afirma, sin embargo, que la artillería no se usó para batir muros hasta mediados del siglo XVI (20). No sé lo que habrá que pensar de todo esto. Lo cierto es que en San Sebastián se tuvieron que hacer algunas obras de urgencia en las que se gastó, a lo que parece, más de lo que se hubiera querido. Se tuvo, concretamente, que *torrear e fortalecer la dicha villa, e facer al rededor de ella baluartes y cercas con sus almenas*. Para compensar estos gastos, y para poder llevar adelante los trabajos, acordó la villa pedir licencia para imponer algunos derechos sobre las car-

(16) Toda esta descripción de las murallas viejas de San Sebastián está tomada del original inédito de los Ingenieros Militares, de 1913.

(17) Camino, Historia, pág. 270.

(18) Gorosabel, Noticia, T. V, pág. 46.

(19) Gorosabel, Noticia, T. V, pág. 47.

(20) Madoz, Diccionario, T. XIV, pág. 13.

nes, hierros, aceros, paños, pescados y algunos otros artículos vendibles. Los reyes acogieron la petición favorablemente, y en una real cédula fechada en Toledo el 10 de febrero de 1477 mandaron que el corregidor de la provincia y el consejo de la villa se juntasen para ver lo que convenia hacer *para acabar de hacer la dicha cerca e reparar la dicha villa, e en qué cosas se puede e debe echar la dicha impusición* (21). El corregidor y el consejo se juntaron, en efecto; y señalaron los derechos que se debían imponer a cada cosa. La villa empezó a cobrarlos en seguida, sin esperar a más; pero luego se le prohibió que lo hiciera hasta que no se lograra la confirmación del acuerdo. Esta confirmación se alcanzó, por fin, el 30 de junio de 1485 (22).

Como consecuencia del ataque de 1476 comenzó para las fortificaciones de San Sebastián una larga era de penosas reformas. Era preciso, sobre todo, al decir de Gorosabel, arreglarlas de manera que pudieran aguantar los golpes de la artillería (23). A fines del siglo XV fue cuando se alargó, según parece, la circunvalación del castillo hasta enlazar con las murallas que rodeaban al caserío de la villa (24).

En 1512 volvieron a entrar los franceses en Guipúzcoa. Un ejército de 15.000 infantes y 400 jinetes, al mando del duque Carlos de Borbón, llegó a Irún, y por Oyarzun, Rentería, Hernani y Oriamendi, se acercó a San Sebastián y puso sitio formal a la plaza el 17 de noviembre. Los habitantes de la villa quemaron en los arrabales más de 160 casas para que no se aprovechara el enemigo. El 19, viendo que la plaza no estaba dispuesta a entregarse, el ejército francés levantó el campo y se retiró de allí (25).

Este asedio de 1512, como el anterior ataque de 1476, fue una llamada de atención que avivó el interés de todos por el estado de las fortificaciones de San Sebastián. En 1514 un privilegio real cedió a la villa una cantidad anual de 128.000 maravedises, para que pudie-

(21) TOMAS GONZALEZ, *Colección de cédulas... concernientes a las provincias vascongadas...* Madrid, 1830-1833, T. III, pág. 51.

(22) Gorosabel, *Noticia*, T. V, pág. 47-48. Todo lo que se refiere a las fortificaciones de San Sebastián entre 1477 y 1814 lo ha visto Gorosabel en un legajo que hoy se contiene en el Archivo General de Tolosa, bajo al signatura: Sección tercera, Negociado Segundo, Legajo primero. El extracto del Catálogo dice: **Expediente relativo a las fortificaciones de San Sebastián, concesión de arbitrios para el efecto, etc., arreglado por el orden de fechas de los documentos.**

(23) Gorosabel, *Diccionario*, pág. 445.

(24) Original de los Ingenieros Militares, I, fol. 8.

(25) Camino, *Historia*, pág. 108.

ra con ella atender a los gastos de reparación de los baluartes y de las murallas. Esta cantidad se tenía que deducir del monto de las alcabalas que se percibían de la misma San Sebastián y de Segura. Posteriormente, en 1566 y en 1588, la gracia fue confirmada por Felipe II.

La misma villa, por su parte, invirtió en las obras que se hicieron en aquellos años, y en los siguientes, la considerable cantidad de 150.000 ducados. Esto sin contar con la ayuda de la provincia y con las cantidades que suministró la real hacienda (26).

Con todo esto, el lienzo nuevo del puerto alcanzó un espesor de siete pies, y el de la Zurriola, de doce. Pero la obra más importante que se hizo fue un terraplén que se levantó al sur del viejo frente de tierra y paralelo a él. A este terraplén se le dio una anchura de 32 pies, y en él se abrió la puerta principal de la villa (27).

Es posible que los trabajos de construcción de este nuevo lienzo meridional hubieran comenzado ya en 1476. Posteriormente intervino en ellos Pedro Navarro, que marcó la traza que se había de seguir (28), y también, más adelante, Diego de Vera. La obra se dio por terminada, probablemente, en 1542 (29).

Hasta 1542

De la participación de la villa en estos trabajos, y de los azares, en general, de la obra, tenemos bastantes noticias.

En 1523 se construyó, pegada al lienzo meridional de las murallas viejas, la casa de munición, que serviría, naturalmente, para guardar armas y municiones. En el mismo año se derribaron también las cabañas y hornos que los vecinos tenían, *para hacer con los despojos de ellos los reparos necesarios*.

En 1528, con el temor de que el rey de Francia quisiera tomar la plaza, se mandó que fuera ésta fortificada de nuevo con muros más fuertes. Los vecinos de la villa compraron unas huertas que

(26) Gorosabel, Noticia, V, pág. 48.

(27) Original de los Ingenieros Militares, I, pág. 9.

(28) Camino, Historia, pág. 271, y Gorosabel, Noticia, V, pág. 49.

Tanto uno como otro atribuyen el proyecto a Pedro Navarro; pero Camino dice que la obra empezó en 1576 y Gorosabel que en 1516. Lo de Camino claramente se ve que es una errata. El mismo dice a continuación que trabajó luego en la obra Diego de Vera y que ésta se remató en 1542. Es posible que donde dice 1576 haya que entender 1476, que es lo que debieron de pensar los Ingenieros Militares autores del original de 1913.

(29) Camino, Historia, pág. 271.

había sobre el muelle con el propósito de aprovechar la piedra que de allí pudieran sacar (30).

En 1530 se trabajaba en la obra de un nuevo cubo —el Imperial— que flanqueaba la puerta de tierra. Este cubo se estaba fabricando de acuerdo con un proyecto del prior de Barleta (31) y tenía la traza de un pentágono de gran altura y grosor, con su escarpado, barbana y casamata. Era una obra sorprendentemente avanzada para su tiempo. Según nos hace ver Bordejé Garcés (32).

En 1531 se autorizó la construcción de San Telmo, que se acabaría en 1551. Los almacenes de artillería se trasladaron al nuevo cubo Imperial (33).

En 1535 se subastaron las obras del cubo de la Mota, de la puerta del muelle y del muro del puerto. Se hicieron también siete bóvedas para artillería, a modo de casamatas.

En ese mismo año 1535 las juntas generales de Guetaria suplicaron al rey que se preocupara de la seguridad de las plazas de San Sebastián y Fuenterrabía (34).

En 1542, Francisco I volvió a romper guerra contra Carlos I. Un ejército francés de 50.000 hombres se concentró entre Bayona y el Bidasoa, y hubo alarma en la frontera guipuzcoana. La verdad es que ese ejército marchó luego a Perpiñán y que fue por ese lado por donde inició sus operaciones (35). Pero el susto estaba dado y tuvo sus consecuencias. En el mismo año se acabó el lienzo oriental de la muralla (36) y se fabricaron, seguramente, los cubos del Ingente —muy mal cimentado— (37), de don Beltrán y de Torriano.

El proyecto de Pizaño

También data de 1542 —concretamente del 18 de junio— una real carta dada en el monasterio de la Oliva, en la que se manda al

(30) Original de los Ingenieros Militares, I, pág. 9.

(31) Original de los Ingenieros Militares, II, pág. 21. Múgica, Las Calles, pág. XXXVI.

(32) Camino, Historia, pág. 271.

FEDERICO BORDEJE GARCÉS, *El castillo de la Mota de San Sebastián y fortificaciones guipuzcoanas* in *Boletín de la Real Sociedad Vascongada de Amigos del País*, T. VIII, pág. 230.

(33) Original de los Ingenieros Militares, I, pág. 62.

(34) Gorosabel, Noticia, T. V, pág. 49.

(35) Camino, Historia, pág. 115.

(36) Gorosabel, Noticia, V, pág. 49.

(37) Original de los Ingenieros Militares, I, pág. 97.

ayuntamiento de la villa que coopere en la realización de un proyecto de obras de defensa que había trazado el capitán Luis Pizaño. Este proyecto fue presentado al consejo de la villa por el mismo Luis Pizaño y por el capitán general Sancho Martínez de Leyva, que vino en persona a San Sebastián para cumplir las órdenes del rey.

Para realizar el proyecto de Pizaño había que proceder antes que nada a una operación de limpieza: había que derribar todas las casas que estaban pegadas al muro de la Zurriola, hasta el cubo de don Beltrán, *en 16 pies de tercio de vara*; había que echar abajo también las herrerías y cabañas que había entre el cubo Torriano y el Imperial; y había, finalmente, que *aderezar en cierta forma* las paredes y los muros de las huertas de algunos vecinos de la villa.

El capitán general hizo un llamamiento a todos los carpinteros y canteros de la población. Tuvieron éstos que dejar todos sus otros trabajos, y se emprendió enseguida el derribo de las casas, que fueron, como es natural, tasadas (38).

El lienzo de la Zurriola, sin embargo, con un incendio que hubo, y con el derribo de las casas que en él se apoyaban, quedó más débil que antes todavía. Se hizo preciso, pues, realizar cuanto antes el proyecto de Pizaño, y en este sentido se manifestaron el 10 de enero de 1543 los maestros canteros encargados de examinar la obra nueva. Pero el entusiasmo de los proyectistas no había logrado contagiar al pueblo. Parece, incluso, que algunos de los dueños de las casas derribadas habían vuelto a levantarlas sin tener en cuenta para nada lo mandado.

No es demasiado raro, por eso, que el 21 de enero Sancho Martínez de Leyva escribiese al rey, y al secretario Juan Vázquez, enviándoles una traza nueva, distinta de la de Pizaño. Pensaba el de Leyva que la realización del proyecto de Pizaño sobre achicar el lugar y desagradar al vecindario, costaría unos 10.000 ducados. El suyo, en cambio, dejaba las casas donde estaban, hacía más grueso y fuerte el muro, y no costaría arriba de los 5.000 ducados. El mismo Pizaño —que debería volver a San Sebastián— se daría cuenta enseguida de la razón que tenía (39).

No es fácil saber exactamente en qué quedó la cosa. Por un documento del 22 de enero de 1550 sabemos que la muralla, desde luego, no se hizo por donde Pizaño la había trazado. Las casas que se tenían que haber derribado, y los suelos que se tenían que haber ocupado, de acuerdo con el plan primero, se habían tasado en dos

(38) Original de los Ingenieros Militares, I, pág. 68.

(39) Original de los Ingenieros Militares, I, pág. 66.

cuentos y 4.900 maravedises; las que se derribaron y los que se ocuparon en la realización definitiva de la obra no costaron más que un cuento y 53.114 maravedises (40).

Mientras tanto se seguía trabajando también en otras partes del sistema de fortificaciones. En 1548 se habían sacado en almoneda las obras de la muralla del muelle, junto con otras que había que hacer en el castillo. Una condición se fijaba, y era la de que estuvieran terminadas para el día de San Juan de 1550 (41).

Y de aquí tenemos que saltar en busca de noticias hasta 1567, año en el que sabemos que se construyó un rebellín junto al postigo de San Nicolás, delante del baluarte de Torriano. Sabemos también que por la misma fecha había otro rebellín —el de Sarmiento— cerca de la plataforma de San Telmo.

Por lo que hace a las puertas que se abrían en el recinto defensivo, Sancho de Leyva, en 1544, dice que había cinco, y que de estas cinco Pizaño había hecho cerrar dos; de manera que no quedaban abiertas más que tres, que eran la del muelle, la de tierra y la de Santa Catalina (42). En 1585, según parece, está ya documentada otra puerta más, que venía a corresponder a la calle Narrica.

Isasti, en 1625, no habla tampoco más que de dos puertas —la del muelle y la del arenal— y de dos postigos —el de Santa Catalina y el del matadero—. Dice que estos postigos están generalmente cerrados, pero que se abren alguna vez. Uno de ellos es, seguramente, el que acaba de descubrirse en la subida del muelle al callejón que arranca de lo alto de la escalinata de Santa María (43).

Una visión muy esquemática, pero sabrosa con todo, de la traza de las fortificaciones de San Sebastián a mediados del siglo XVI nos la da Pedro de Medina en su *Libro de grandezas y cosas memorables de España*. Dice así: "Esta villa (de San Sebastián) tiene una gentil fortaleza, asentada en alto sobre peña viva, que no se puede minar,

(40) Original de los Ingenieros Militares, I, pág. 66.

(41) Original de los Ingenieros Militares, I, pág. 67.

(42) Original de los Ingenieros Militares, I, pág. 84.

(43) LOPE DE ISASTI, **Compendio Historial... de Guipúzcoa**. San Sebastián, 1850, pág. 505.

MIGUEL ARTOLA, **Sitio y reconstrucción de San Sebastián**, Madrid, 1956, págs. 60 y 61. El plano que figura entre esas páginas es un plano de sección que recorre aproximadamente la antigua calle de la Trinidad, hoy 31 de Agosto. Entre las anotaciones que lo acompañan se lee con referencia a una línea que señala esa dirección, **N.O. Nivel gral. del umbral de la puerta del muelle... que debe existir**. Esto no puede referirse más que a la puerta que acaba de descubrirse y que sería, como digo, uno de los postigos grandes de que habla Isasti.

y siempre muy bien proveída. La villa es cercada de fuertes muros doblados: el primero tiene veinte y dos pies en ancho, y el contramuro tiene veinte y ocho. A la primera puerta, que es la principal tiene un cubo muy fuerte. Dicese que costó la obra dél más de veinte cinco mil ducados; tiene tres cercas de cal y canto fuertes en gran manera. La primera tiene en ancho once pies y la segunda que es contramuro, siete, y la muralla veinte y dos; pueden ir por ella dos carretas juntas sin impedir la una a la otra" (44).

Real resolución de 1609

En el 20 de setiembre de 1609 está fechada una resolución real, firmada por el secretario Bartolomé de Aguilar, que se refiere a ciertas obras de defensa que se debían hacer en San Sebastián. Estas obras consistían fundamentalmente en un muro, con su baluarte, que había de correr desde el mirador de San Telmo hasta la garita de Santa Clara. En el baluarte frontero de la torrecilla del puerto se tenían que instalar cuatro piezas de artillería, y seis en la plaza de la garita de Santa Clara, que era sin duda el puesto más importante para *ofender los bageles* en la entrada o salida de la bahía.

La guarnición de la fortaleza debía ser de 250 soldados. Para la custodia del baluarte Imperial y de la puerta de tierra nacían falta 25 hombres con su cabo, además de los artilleros que se necesitaran para el manejo de las piezas de artillería que allí se colocaran. En la puerta del muelle debía haber otros 25 hombres, también con su cabo.

Se reconocía en esta real resolución la necesidad que sentía la villa de expansionarse. En adelante —cuando hubieran terminado las nuevas obras del castillo— estaría permitido edificar casas en el arenal, fuera del recinto amurallado. La sola condición que se exigía era la de que se levantasen a cierta distancia de los muros, concretamente a *150 pies de tercia cada uno*.

En el recinto del castillo no debía haber ningún huerto: a los propietarios de los huertos que allí había se les daría en el arenal una porción equivalente de terreno (45).

(44) PEDRO DE MEDINA, **Libro de grandezas y cosas memorables de España**, Madrid, 1944, pág. 174. Pedro de Medina publicó su libro en 1548; pero el introductor de la edición de 1944 supone que lo escribió antes, pues dice, en la dedicatoria al príncipe, que el tiempo no le ha permitido a éste ver las cosas de España antes de esa fecha de 1548.

(45) SERAPIO MUGICA, **Curiosidades Históricas de San Sebastián**, Bilbao, 1900. Vol. 2.º, pág. 145.

Al frente de las nuevas obras se pondría al ingeniero Jerónimo de Soto.

La ruina del cubo del Ingente

De 1627 data un informe del ingeniero Francisco Palcar, que dice que para cubrir la parte del muelle hay que construir un baluarte real, grande y capaz. El cubo del Ingente no sirve para eso: ha puesto en él tres piezas de artillería; pero lo ha hecho *más por aparato que por provecho*, ya que en caso de necesidad no podrían sostenerse en él los artilleros. (46).

En 1630 el cubo del Ingente seguía siendo objeto de una preocupación excepcional (47): la villa se quejaba al rey de que en el último incendio había perdido más de 300.000 ducados y que las grandes mareas que había habido habían dejado al dicho cubo a punto casi de venirse abajo. Era preciso, por eso, hacer un baluarte en aquel sitio, tal como ya en 1603 se había proyectado, aunque al fin no se había hecho nada. Para ayudar a la villa a cubrir los gastos que la obra iba a costar, convenía que se le autorizara a imponer algunos arbitrios especiales.

En 1636 el nuevo baluarte se estaba empezando a levantar. Dirigía la obra el capitán Antonio Gandolfo, al que sustituyó en el mismo año el capitán Andrés Marín.

En junio de 1637 la obra estaba todavía sin terminar (48). Felipe IV, sin embargo, insistía en que siguiera adelante.

Proyectos de Gandolfo

En 1638 el príncipe de Condé entró en Guipúzcoa al frente de sus tropas. Por Oyarzun, Rentería y Pasajes llegó hasta Loyola y sentó allí el campo. Desistió, sin embargo, de atacar a San Sebastián, y se volvió a Fuenterrabía, a la que comenzó a sitiar el 1 de julio. Disponía de 25.000 infantes, 2.000 jinetes y un formidable tren de artillería (49).

En diciembre de ese mismo año fechaba Gandolfo un proyecto

(46) Original de los Ingenieros Militares, II, fol. 18.

(47) Original de los Ingenieros Industriales, II, fol. 20.

(48) Original de los Ingenieros Militares, II, fol. 32.

(49) Camino, Historia, pág. 133.

que se refería a las obras que convenía hacer en las defensas de la plaza de San Sebastián.

Según Gandolfo había ante todo que acabar la terraza, de tierra y fagina, que cubría el frente, y allanar todas las dunas que había delante, para que no sirvieran de abrigo al enemigo. Había también que terminar el fuerte que había delante del puente de Santa Catalina y el que se había empezado a construir en el alto de San Bartolomé; y también la muralia, de piedra y cal, que cubría la parte del puerto en combinación con el castillo. Había, finalmente que perfeccionar los parapetos de la Zurriola, y hacer plataformas y arreglar las murallas donde hiciera falta.

Por lo demás, opinaba Gandolfo que sería mejor usar el dinero que hubiese en la obra del castillo, *que será mejor gasto y de mayor utilidad.*

El mismo Gandolfo sin embargo, en otro escrito del mismo tipo insistía en la conveniencia de hacer cuanto antes algunas obras en el sistema defensivo de la villa. Era preciso, antes que nada, acabar el hornabeque que el comendador Espanoqui había planeado ya en 1592, según nos hace saber Bardejé Garcés en el lugar citado abrir un foso en el frente, de mar a mar, y preparar en la isla de Santa Clara una plataforma suficiente para cuatro piezas de artillería. Debían también hacerse en Hernani y Rentería puestos fuertes que sirvieran de plazas de armas, para cubrir por la parte de tierra a las villas de la costa.

En las obras de San Sebastián calculaba Gandolfo que habrían de trabajar 600 hombres. La jornada sería de ocho horas y estaría pagada con real y medio. La cal y la fagina las pondría la provincia (50).

En 1639 Jerónimo de Soto sustituyó a Gandolfo en la dirección de los trabajos. Hay una carta suya, del 2 de abril, en la que pide que se le traigan 80 o 100 canteros de Alava y Vizcaya. Dice también en esa carta que se han empezado ya a allanar las dunas del arenal y que se está trabajando en la obra del fuerte de San Bartolomé.

La población de la villa —temerosa de un sitio— se entregaba a la tarea con empeño: todos se afanaban, hombres y mujeres, y ni los más pobres querían cobrar jornal. La provincia, por su parte, colaboraba indirectamente pagando jornales de cuatro reales a 300

obreros, de los que 200 trabajaban en Fuenterrabía y 100 en San Sebastián (51).

A pesar de todo, a fines de diciembre quedaba todavía mucho por hacer. Del proyecto de Gandolfo a su realización en la práctica distaba un paso bastante largo.

De 1644 a 1672

En 1644 el general Juan de Garay y otros ingenieros militares reconocieron la plaza para trazar el plan de unas obras nuevas que convenía realizar en sus defensas. Se notaba sobre todo la falta de traveses, o fuegos de costado. La construcción de dos baluartes, uno a cada lado del lienzo de tierra, mejoraría considerablemente las condiciones defensivas del sistema de fortificaciones. Para esta obra la villa dio la piedra que tenía recogida para hacer un muelle y la gente que hacía falta para los trabajos de terraplenar. El gobierno quiso también contribuir a los gastos, y cedió a la villa la cantidad de 10.000 escudos, que se suponía que debía la provincia del arbitrio del donativo. Consignó además, sobre esta renta, otros 2.000 ducados anuales. Pero todo se quedó en nada, porque la provincia, en realidad, había pagado ya con creces lo que se había ofrecido a servir a S. M.

En 1646 la provincia de Guipúzcoa asignó a San Sebastián 10.000 ducados, pagaderos en cuatro años, y elevó una súplica al rey para que se acabasen el hornabeque y los dos medios-baluartes y se reparase la muralla del puerto, que había sido arruinada por los golpes de la mar. Se pedía también en esta súplica que se mandasen ingenieros y dinero (52).

En 1656 se restauró por fin el cubo caído del Ingente. Dos años después se pidieron a la provincia 10.000 ducados; pero ésta no quiso darlos. Del mismo año 1658 data una real orden que manda que se dejen de momento las obras de la ciudadela y se siga con las del hornabeque. Estas obras, sin embargo, no llegaron a realizarse por entonces.

Otra real orden, de 1672, permitió a San Sebastián retener los 2.000 ducados que importaba cada año el producto del arbitrio de donativo. La provincia protestó sin embargo, y no sin motivo, ya que todo el importe de aquel arbitrio le había sido concedido en

(51) Gorosabel, Noticia, T. V, pág. 49.

(52) Gorosabel, Noticia, V, 50.

virtud de un contrato solemne formalizado con el gobierno para el pago de los censos con que se había gravado a fin de cubrir el servicio del donativo pecuniario ofrecido. La ciudad de San Sebastián (53) reconoció la razón que tenía la provincia e imploró su generosidad. Se le dieron, en efecto, 10.000 ducados; pero no para las obras de fortificación, sino para la reparación del puente de Santa Catalina y de los guardamares del muelle (54).

Amenaza en la frontera

En 1674 la provincia se sentía amenazada por la parte de Francia. La intranquilidad había de durar hasta 1682.

Las instancias empezaron a amontonarse: era preciso acabar los baluartes y fortificar las defensas exteriores (55).

Para acudir a los gastos, acordó la villa imponer arbitrios especiales sobre algunos comestibles que se trajeran a la ciudad por mar o por tierra, o que, después de haber sido desembarcados en su puerto o en el de Pasajes, se sacaran para el consumo de los vecinos de Pasajes, Rentería, Oyarzun y Lezo. Una real provisión del 14 de febrero de 1682 aprobó, para diez años, la cobranza de estos nuevos arbitrios (56).

En 1684 seguía la guerra con Francia. La frontera se sintió amenazada otra vez, y desde la corte empezaron a llegar promesas de dinero y prisas para que se acabara cuanto antes la obra de las fortificaciones.

El 7 de febrero Carlos II anunció que mandaba algunos doblones, con el duque de Canzano, para poner en estado de defensa a la ciudad de San Sebastián y a las otras de la provincia. El 28 de marzo se prometieron más cantidades de dinero para la defensa de la plaza. El 25 de abril se notificó el envío de 10.000 doblones y del *maestro artificial de fuegos* Juan Compín, que llegaría para instruir a los artilleros.

Para entonces, seguramente, ya había llegado también a la ciudad el ingeniero Octaviano Meni, que se puso al frente de las obras (57).

(53) Se le concedió este título en 1662.

(54) Gorosabel, Noticia, pág. 51.

(55) Camino, Historia, pág. 144.

(56) Gorosabel, Noticia, V, pág. 52.

(57) Camino, Historia, pág. 147.

El 7 de diciembre de 1688 un rayo cayó en el almacén de pólvora que había en el castillo de la Mota. El almacén voló y el castillo quedó destruído. Fue una catástrofe mucha más completa que otra anterior, que había ocurrido en 1575, cuando la caída de otro rayo había hecho saltar 25 barriles de pólvora (58).

La voladura de 1688 causó también grandes destrozos en las murallas. Para repararlas —y para rehacer el castillo— la provincia entregó a la ciudad un donativo de 1.000 ducados (59).

El castillo, efectivamente, fue reedificado en los tres años siguientes bajo la dirección del capitán ingeniero militar Hércules Torrelli. Las obras, sin embargo, no llegaron a quedar terminadas.

En los años siguientes la frontera siguió estando amenazada. Lo estuvo en realidad hasta que en 1697 se hizo la paz de Riswick. En 1692-94 llegó a concentrarse en Bayona un ejército de 15.000 hombres (60).

De este tiempo precisamente —de 1693— data una comunicación a la provincia en la que San Sebastián se queja del estado miserable de las fortificaciones de la plaza. Dice que faltan tahonas, hornos y cuarteles debidamente protegidos por bóvedas a prueba de bombas, y que escasea además el agua.

En el mismo año la provincia dio cuenta al gobierno de ese estado de cosas y ofreció un donativo de 20.000 ducados para reparar a San Sebastián y a las demás plazas de la marina. Este donativo fue aceptado por real orden de 1696. El ingeniero Diego Luis Arias reconoció el estado de las plazas que se tenían que reparar, y se fijaron las obras que había que hacer en cada una de ellas. En San Sebastián, concretamente, se tenía que terminar la casa del castillo, hacer cuarteles para 300 hombres, arreglar la cisterna vieja, acabar el almacén de pólvora y hacer otro nuevo, de bóveda, en la puerta vieja; esto aparte de algunas otras cosas. Del donativo ofrecido por la provincia se daban a esta ciudad 140.000 reales: 100.000 para las obras del castillo y 40.000 para las fortificaciones exteriores (61).

1719 y 1794

En 1700, con el rumor de la muerte de Carlos II, se juntaron

(58) Gorosabel, Noticia, pág. 52-53.

(59) Gorosabel, Noticia, pág. 53.

(60) Camino, Historia, pág. 151.

(61) Gorosabel, Noticia, V, pág. 53.

en Bayona 25.000 hombres, que subieron luego a 40.000. Estos preparativos cesaron cuando Carlos II se murió de verdad y Felipe de Anjou pasó a ocupar el trono de los reinos españoles.

Sin embargo, en 1719 la frontera se vio amenazada otra vez por el peligro de una invasión francesa. Por eso, sin duda, se dio cuenta al rey del mal estado de la plaza: la muralla de la Zurriola, que era de mamposería, no podría aguantar *los sacudimientos de la artillería gruesa*. Faltaban víveres además, y la guarnición era insuficiente.

Estos temores estaban justificados. El duque de Berwick, con un ejército de 16.000 hombres, entró en España por Vera, y después de haberse apoderado de Oyarzun, Rentería, Pasajes y Fuenterrabía, se plantó frente a San Sebastián el 1 de julio. El 2 y el 3 siguió acumulando tropas, y el 4 abrió fuego contra la isla de Santa Clara y contra la plaza.

El 25 de julio se empezó a batir el muro de la Zurriola desde los arenales de la orilla derecha del Urumea, y al día siguiente, al amanecer, rompieron fuego 19 piezas que habían sido emplazadas en cuatro baterías. En los días siguientes aumentó el número de piezas, y el 2 de agosto se abrieron dos brechas en el lienzo de la Zurriola. La guarnición se retiró al castillo y quince días después lo abandonó para entregarlo a los sitiadores. Lo tuvieron éstos hasta el 25 de agosto de 1721.

En 1740 y 1742 volvió a repetirse la alarma y se colocaron algunos cañones en el puntal de Ulía (62).

Nada notable ocurrió, sin embargo, hasta el 2 de agosto de 1794. En este día una parte del ejército de Moncey, que había desalojado la vispera al ejército español de sus puestos de Irún, llegó a la vista de San Sebastián con la evidente pretensión de ocupar la plaza. Al día siguiente se presentó un trompeta con dos pliegos cerrados: uno para el gobernador de la plaza y otro para el alcalde y los vecinos de la ciudad. En estos pliegos se invitaba a las autoridades a rendirse. Se reunieron por una parte el consejo de guerra y por la otra el ayuntamiento, y acordaron, *en vista del mal estado de la plaza*, entregarlo a los franceses. La ocuparon éstos al día siguiente y no la volvieron a dejar hasta que se firmó la paz de Basilea el 22 de julio de 1795 (63).

(62) Camino, Historia, pág. 162 y ss.

(63) FERMIN DE LASALA Y COLLADO, *La separación de Guipúzcoa y la Paz de Basilea*, Madrid, 1924, pág. 264.

Las murallas en 1796

El aspecto de la plaza a fines del siglo XVIII nos es conocido por un informe emitido en 1796 por los señores O'Farril, Morla y Samper sobre las condiciones de defensa en que se encontraba la frontera de Francia por la parte de Guipúzcoa.

La parte más importante del sistema defensivo de la plaza era el frente de tierra. En él se abría la puerta de tierra, y tenía delante el hornabeque con su rebellín.

Dos muros guardamares enlazaban este frente con el monte Urgull: el de la Zurriola y el del puerto. El de la Zurriola no tenía fuegos que lo flanqueasen; el del puerto estaba en cambio bien protegido por los fuegos de la ladera del monte y del muelle.

La magnitud del frente de tierra no pasaba de ser regular; pero la pequeñez de los baluartes hacía que sus cortinas resultasen demasiado grandes.

En el medio de este frente, flanqueando la puerta de tierra, se alzaba el cubo Imperial. Estaba edificado sobre dos altas y robustas bóvedas, y su plataforma dominaba a todas las demás fortificaciones. Esta plataforma se había cubierto para habilitar un cuartel capaz de dos compañías; pero al hacer esto, se había privado a la plaza de su mejor defensa. En la guerra anterior la plataforma no había podido ser utilizada.

En los dos extremos del frente de tierra había dos baluartes: el del gobernador, o de Santiago, y el nuevo, o de San Felipe. El primero era irregular, pequeño, más bajo que la cortina que pasaba por su gola; el segundo, aunque algo más capaz, no alcanzaba tampoco la altura de la cortina. Además, como el hornabeque se inclinaba un poco hacia la Zurriola, este medio baluarte quedaba descubierto, y se había hecho delante de él, para resguardarlo, una media contrabarrera.

El hornabeque que cubría el frente de tierra era algo pequeño: la distancia entre sus ángulos no llegaba a las 100 toesas. Su cortina estaba protegida por un rebellín, y delante se tendía una *igual y hermosa pradera*.

El frente de la Zurriola unía el baluarte de Santiago con el monte Urgull. A poca distancia del baluarte estaba el cubo de Hornos, en el que estrechamente cabían dos piezas, y cerca de éste el de Amézqueta, que era muy parecido. Luego, torcía el frente en dirección al monte, y terminaba en otro cubo, o torre abaluartada, muy pequeño, que se llamaba baluarte de San Telmo. Este

baluarte había servido de mirador a los religiosos de Santo Domingo hasta que entraron los franceses.

La muralla, en esta parte de la Zurriola, era débil. Tenía por parapeto a un simple pretil de poco más de media vara de grosor. Su única defensa verdadera estaba en el mar y en el río; pero el mar se retiraba en la menguante y el río no tenía arriba de tres o cuatro pies en su frente. Por eso, el obstáculo más difícil con el que tropezaría el enemigo, era una escollera que se había echado allí para romper el mar o tal vez para ensanchar el baluarte de Santiago.

En cuanto al frente del puerto, no era más que un simple muro con pretiles sencillos a uno y otro lado. Entre estos pretiles había el espacio justo para el paso de un rondín.

Esta muralla del puerto, a pesar de su debilidad, estaba muy bien cubierta por los fuegos de la ladera del monte y por los del muelle. En ella se abría la puerta del mar, que estaba protegida por una pequeña plataforma.

La plaza de San Sebastián ocupaba, en resumen, una buena posición. Sólo podía ser atacada por una estrecha lengua de tierra y oponía al agresor el obstáculo de tres recintos sucesivos, dominados unos por otros: el hornabeque primero, luego la contraguardia y los baluartes, y finalmente la cortina de la muralla con el cubo Imperial. Además, aunque el enemigo consiguiera ocupar la plaza, los fuegos del castillo no le dejarían permanecer en ella.

A pesar de todo, pensaban los autores del informe que las defensas de San Sebastián tenían grandes defectos y que no merecían la pena de gastar dinero en obras. Se debían conservar el castillo y los muros del puerto y la Zurriola; pero el del frente debía derribarse y ser sustituido por un muro aspillero que uniese los extremos de las dos alas laterales (64).

Acerca de las puertas que se abrían en el recinto amurallado, los señores O'Farril, Morla y Samper se refieren sólo, como hemos visto, a dos, que son la de tierra y la de mar. De estas dos puertas habla también, por el mismo tiempo, el doctor Camino. Dice que eran las únicas que se abrían todos los días. Bien es verdad que nombra también a otra tercera, que se había abierto en 1575 y por la que se subía al castillo; pero ésta, según parece, no tenía la misma importancia que las otras dos.

De la puerta de tierra dice Camino que había sido edificada

(64) O'Farril..., Informe, in Euskalerricaren Alde, II, pág. 473.

en 1546 y que estaba adornada con un escudo de armas labrado por Pierres Ricard. Bajo este escudo había una inscripción latina que decía así: *Philipo II Hisp. Regi S.P.Q. Easonensis dicavit 1577* (65).

1813

En 1808 San Sebastián fue ocupada por el general Thouvenot. Hay una carta de Godoy —de marzo de ese año— en la que se manda al gobernador que rinda la plaza *por no tener medios de defensa*.

Cinco años después, en 1813, las cosas habían cambiado para los franceses.

El 28 de junio aparecieron en el alto de San Bartolomé tres batallones de Guipúzcoa que mandaba el coronel Juan José de Ugartemendía. El general Rey mandó que nadie saliese de la ciudad y que se quemaran los arrabales de Santa Catalina y de San Martín (66).

Los aliados formalizaron el sitio de la plaza. Estaba allí la 5.^a división británica, y había también tropas españolas y portuguesas. Mandaba al conjunto el teniente general Sir Thomas Graham.

Se puso una batería en el alto de San Bartolomé y otra en la orilla derecha del Urumea. Los sitiadores querían abrir una brecha entre el cubo de Hornos y el de Amézqueta.

El 25 de julio fue rechazado un asalto que dio la brigada del general Hay por la brecha aportillada entre los dos cubos.

Se puso una nueva batería en el paseo de Santa Catalina. Se consiguió ensanchar la brecha.

A las 11 de la mañana del 31 de agosto se dio, por fin, el asalto definitivo. Los ingleses entraron por la brecha abierta entre los cubos de Hornos y de Amézqueta, y los portugueses por otra que se había hecho a la izquierda de este cubo. El incendio de la ciu-

(65) Camino, Historia, pág. 273.

(66) "El resto del terreno ocupado por el ensanche de la parte Sur de la población, que no estaba cubierto por las obras militares, consistía en desiertos arenales que inundaba el agua en las mareas altas, excepto una pequeña parte destinada a servir de asiento al barrio de San Martín con medio ciento de casas que se levantaban al pie del cerro de San Bartolomé, en su parte Norte, y una docena de edificios más que había en el barrio de Santa Catalina, próximamente en donde se halla la actual plaza de España." (Mágica, Las Calles, XXXI.)

dad y las violencias que se cometieron son cosas conocidas por todos y no hace falta insistir en ellas. La guarnición francesa se retiró al castillo: no se rindió hasta las 12 del mediodía del 8 de setiembre (67).

Las averías que sufrió la ciudad en el asalto de 1813 fueron mucho mayores que las que había padecido en 1719. Todo el lienzo de la Zurriola quedó arruinado. Las reparaciones se hicieron luego por orden y a cuenta del gobierno, aunque algo ayudó también la provincia, sobre todo en cosa de materiales y peonaje de trabajo (68).

Las murallas en 1849

En el *Diccionario* de Madoz, de 1849, se da una descripción bastante detallada del estado de las fortificaciones de San Sebastián en aquel tiempo

El frente del puerto tenía una longitud de 1.000 pies. El muro, de ocho pies de espesor, no era en verdad demasiado ancho; pero estaba en cambio muy bien cubierto por los fuegos del muelle y de la falda del monte. Una puerta —la del mar— comunicaba a la ciudad con el muelle. Más adelante, el muro estaba bañado por las aguas de la Concha, que al retirarse dejaban en seco una faja del arenal.

El frente de tierra tenía 1.200 pies de longitud, 33 de altura y 32 de espesor. En ella estaba el baluarte impropriamente llamado cubo Imperial.

Este baluarte, aunque poco capaz en comparación con los modernos, sobrepasaba sin embargo en 20 pies a la altura de la muralla, y batía todo el terreno que tenía delante con fuego dominante. Debajo de su plataforma había un almacén a prueba de bombas, con dos casamatas a cada lado, y debajo de aquél otro más, flanqueado también por otras dos casamatas que harían con fuego rasante los fosos de las cortinas.

Los costados de este baluarte Imperial estaban defendidos por crejones. Uno de estos orejones cubría también la puerta de tierra.

De los otros dos baluartes que había en los extremos de este frente meridional, uno de ellos, el de San Felipe, no era más que

(67) Artola, Sitio, pág. 66.

(68) Gorosabel, Noticia, V, 53.

un medio baluarte. Como el Imperial, estaba hecho según el sistema del caballero de Ville.

Fuera de la muralla había una contraguardia, que cubría la única cara del baluarte de San Felipe, y un hornabeque, con su rebellín, que abrazaba con sus alas el baluarte del centro. En estas obras se habían seguido las normas del conde de Pagan.

El recinto amurallado y las obras exteriores estaban defendidos además por fosos *de competentes dimensiones en su anchura y profundidad*.

Ante el hornabeque y el rebellín se tendía una espaciosa explanada. A la salida de la puerta de tierra se atravesaba el foso por un puente entre durmiente y levadizo, que llegaba a la gola del hornabeque.

El frente de la Zurriola, como el del puerto, tenía 1 000 pies de longitud. Su anchura era de 12 pies y su altura de 30. Era la parte más débil del recinto. Una batería instalada en la orilla derecha del Urumea podría, en pocas horas, apagar los fuegos de los cubos de Hornos y de Amézqueta. Podría, incluso, destruirlos y abrir una brecha entre ellos, y en las cortinas contiguas, en un espacio de no más de ocho días.

El medio más eficaz de defender este lienzo sería rebajar los arenales de la derecha del Urumea, de manera que las aguas de las mareas altas se extendieran hasta una distancia superior al alcance de punto en blanco de las piezas a batir. Sería ésta una obra de puro peonaje y de muy poco coste.

Después de la toma de la ciudad por los aliados en 1813 un ingeniero inglés había dirigido la construcción de una cortadura detrás de las dos brechas. Esta cortadura tenía su foso —con escarpa y contraescarpa revestidas de mampostería—, e iba desde la poterna del baluarte de Santiago hasta cerca del cubo de Amézqueta, que quedaba dentro de ella.

En cuanto al castillo, su figura era casi cuadrada. No tenía baluartes, cubos ni ninguna otra clase de obras que defendieran sus escarpas. Esto permitía suponer que al proyectarlo no se habían propuesto otro objetivo que el de dotar a la guarnición de la plaza de un refugio desde el que pudieran lograr una capitulación honrosa.

Los fuegos del castillo eran muy eficaces cuando el enemigo estaba a distancia. Cuanto más se acercara éste, menos valían; y no servían ya para nada si el enemigo había llegado a ocupar la falda del monte.

En el recinto del castillo había un cuartel, capaz de 100 camas y una capilla dedicada al Santo Cristo de la Mota. Había también un pozo de agua dulce.

El piso bajo del edificio estaba formado por dos almacenes a prueba de bombas. En este piso bajo estaban también los pabellones que servían de habitación al gobernador y a los oficiales de la guarnición.

Adosada a la escarpa de la cara occidental del castillo, estaba la batería de la reina —antes de Napoleón—, que había sido construída por los ingenieros franceses en 1813. Al pie de la escarpa del castillo que mira al S., había una plataforma con paramento de mampostería. Al E. de esta plataforma estaba la batería del príncipe; al O. la de Santa Clara alta. De la batería del príncipe se bajaba, por un parapeto aspillero, a la del mirador, que estaba sobre la desembocadura del Urumea; de la de Santa Clara alta se iba a la de las damas, que dominaba con sus fuegos a la Concha. Para cañonear a las naves que quisieran hostilizar a la plaza había otras dos baterías: la de Santa Clara baja y la de la Barloca.

La plaza de San Sebastián no podía ser considerada como de primer orden. Su importancia, sin embargo, era bastante grande, sobre todo por lo cerca que estaba de la frontera de Francia (69).

Las murallas en 1863

Sobre el estado de las murallas de San Sebastián en el año en que fueron derribadas, hicieron un minucioso estudio los ingenieros militares Braulio Albarelos, Juan Vigón y Juan Olavide. Este estudio —que tantas veces hemos citado— está todavía lamentablemente inédito y data de 1913. Fue aprovechado por Serapio Múgica para la redacción del capítulo que dedica a las murallas de la ciudad en el prólogo de su obra sobre las calles de San Sebastián.

El frente de tierra —dicen los señores ingenieros militares— tenía 288 metros de longitud. Su espesor era de 16 metros, y su altura de 17.

Al E. estaba el baluarte de Santiago; al O. el medio baluarte de San Felipe; en el medio del cubo Imperial. Junto a éste a la derecha, la puerta de tierra, con su plaza de armas defendida por una barbacana de la que arrancaba el puente que salvaba el foso.

El hornabeque de San Carlos cubría la puerta de tierra y una gran parte de la cortina. Era de los llamados irregulares.

Este lienzo de tierra corría por la parte N. del Boulevard, desde el Casino hasta el mercado de la Brecha. La puerta de tierra estaba a la altura de los urinarios. La punta del cubo Imperial llegaba aproximadamente a la altura del n.º 4 de la calle Garibay.

El frente de la Zurriola no era más que un muro sencillo, completamente descubierto.

Al pie del monte, avanzado 10 metros sobre la cortina, estaba el pequeño baluarte de San Telmo, junto al cuartel del mismo nombre. A 190 metros de este baluarte, al par de la pescadería, la cortina se desviaba ligeramente hacia el O., en ángulo obtuso, y seguía así unos 60 metros, hasta el cubo de Amézqueta, poco capaz, con emplazamiento para dos piezas. Luego, la muralla torcía aún más hacia el O., en una longitud de 36 metros, hasta llegar al cubo de Hornos, en el encuentro de la calle de Aldamar con la Alameda. 28 metros más allá este lienzo se unía con la muralla de tierra.

El frente del puerto tenía 270 metros de longitud. Arrancaba junto al convento de Santa Teresa y llegaba hasta el medio baluarte de San Felipe.